

SIMONE DE BEAUVOIR: de la mujer, la vejez, la literatura y la muerte

CATHERINE DAVID

POR qué ha aceptado hacer esta película que lleva su nombre por título? ¿Tal vez porque necesita ser amada?

—Claro que necesito ser amada. Por esa misma razón profunda decidí dedicarme a escribir. A los dieciocho años, cuando leía "El molino sobre el Floss", soñaba con ser amada algún día como yo amaba entonces a George Eliot. Si siempre preferí escribir novelas antes que dedicarme a la filosofía, fue porque quería conmovér, hablarle a la gente al oído... Es tal vez una forma de vanidad... Entonces, hacer esta película era una forma de poner las cosas en su sitio, de rectificar la imagen que los críticos han ofrecido de mí muchas veces. El deseo de ser mejor conocida incluso por la gente que no lee mis libros.

—¿Escribe usted mucho en este momento?

—Estoy un poco cansada de escribir. Tal vez porque tengo la impresión de haber dejado atrás lo esencial de mi obra. Lo que yo pudiera escribir ahora no aportaría ya mucho. Escribo textos de circunstancias, prefacios, artículos... Pero para emprender una obra de gran aliento como "Los mandarines" o "El segundo sexo" me haría falta algo así como una inspiración, no sé, como un deseo muy violento... Voy a cumplir pronto setenta y un años... Un libro largo y difícil es demasiado trabajo...

—¿Siente una persona, a los setenta y un años, que la muerte no es ya lo que era?

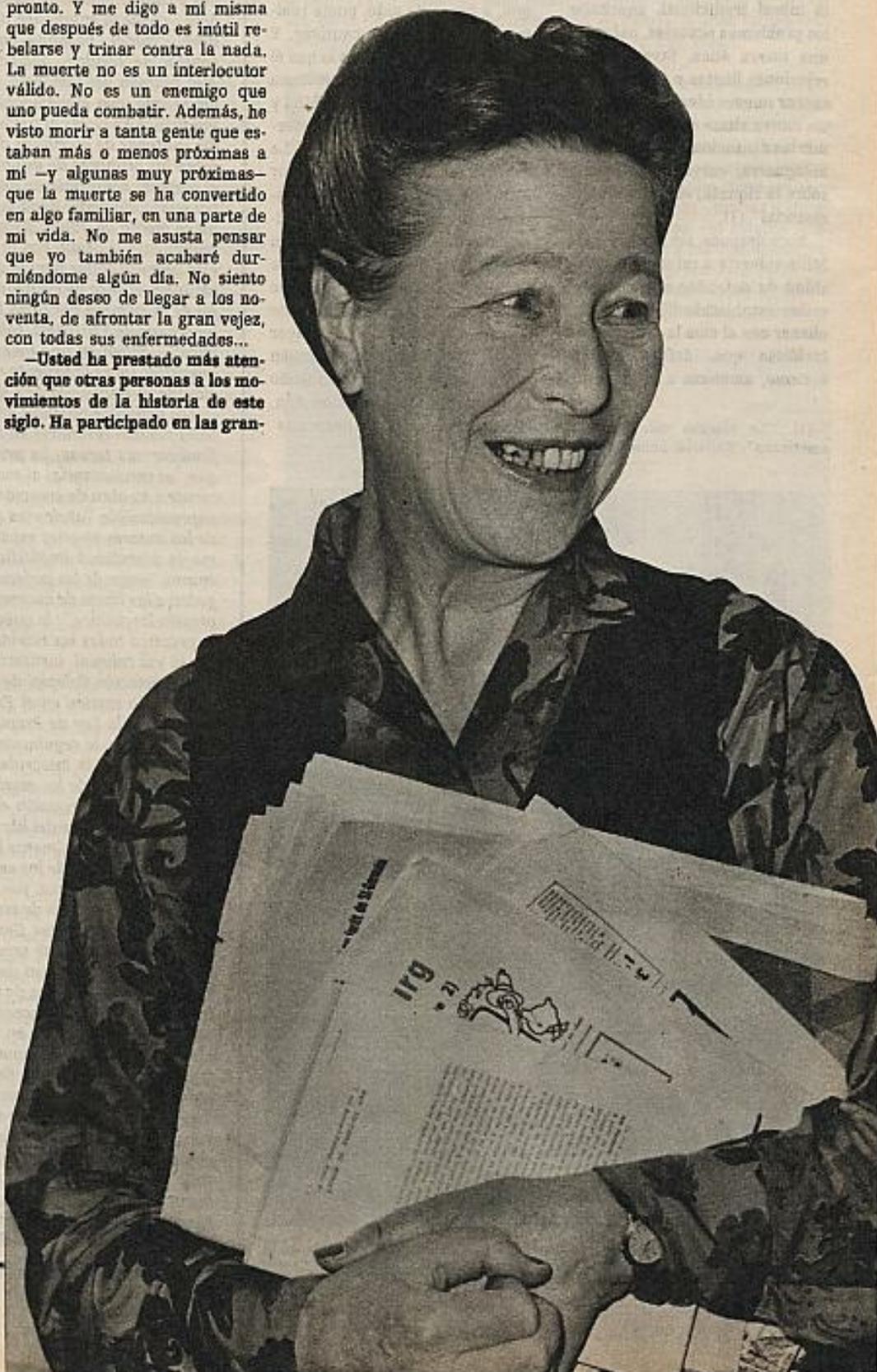
—Naturalmente. Temo a la muerte mucho menos que antes. Cuando tenía, pongamos, treinta años, sentía una fortísima angustia sólo de pensar que la vida era muy limitada, que habría un final, que seguiría la nada. Era horrible, insoportable. Yo me rebelaba con rabia contra esa idea.

—La muerte para usted es la nada. ¿Nunca ha pensado de otra manera al respecto?

—No, desde que cumplí los quince, creo... Pero ahora me he hecho a la idea no sólo de que es

inevitable, sino de que ocurrirá pronto. Y me digo a mí misma que después de todo es inútil rebelarse y trinar contra la nada. La muerte no es un interlocutor válido. No es un enemigo que uno pueda combatir. Además, he visto morir a tanta gente que estaban más o menos próximas a mí —y algunas muy próximas— que la muerte se ha convertido en algo familiar, en una parte de mi vida. No me asusta pensar que yo también acabaré durmiéndome algún día. No siento ningún deseo de llegar a los noventa, de afrontar la gran vejez, con todas sus enfermedades...

—Usted ha prestado más atención que otras personas a los movimientos de la historia de este siglo. Ha participado en las gran-



Sobre ella acaba de estrenarse en París una película. Próximamente va a publicarse una colección de textos suyos..., entre ellos, un capítulo inédito de "La invitada"... Próxima a cumplir los setenta y un años, la compañera de Sartre (¿por qué no sería éste "el compañero de la Beauvoir"?), ha hablado con Catherine David. Lo que piensa hoy de su obra, sus esperanzas y sus frustraciones, el feminismo, el compromiso político y la vejez son sólo algunos de los temas que la autora de "Los mandarines" y "El segundo sexo" aborda en esta larga pero totalmente sustanciosa entrevista.



^Las mujeres —salvo las que participan del poder— suelen ser más irónicas, muestran un mayor distanciamiento, tienen más sentido del humor, se toman menos en serio que los hombres". Simone de Beauvoir con Sartre.

des aventuras o tragedias políticas. Sin embargo, al principio, usted era una joven burguesa intelectual, indiferente a la cosa política...

—Tampoco era tan indiferente... Ya cuando conseguí la cátedra tenía ideas de izquierda, marxistas. Pero es cierto que me servían en cierto modo de coartada. Me contentaba con esperar que el mundo caminase dulcemente hacia el socialismo, en el sentido utópico en que uno podía entender entonces este concepto. Habría más justicia, más igualdad entre los hombres, la propiedad privada desaparecería... Mis sueños no bastaban: el detalle de la vida política me interesaba más bien poco. Salvo, claro está, cuando me veía ante acontecimientos brutales, como en febrero del treinta y cuatro. Y luego, cuando la guerra de España. Sartre y yo estábamos entusiasmados por la victoria del Frente Popular, y la negativa de Blum a intervenir nos chocó y apenó profundamente. Era quizá la primera vez que me sentía implicada sentimentalmente en una lucha política. La no-intervención equivalía a la política del avestruz. De todas formas, la guerra estaba en marcha, e imaginarse que podía evitarse negándose a tomar partido nos parecía una estrategia inútil y monstruosa. Después, naturalmente, estalló la otra guerra. Y entonces sentí realmente que mi vida privada no estaba al abrigo de lo que ocurría en el mundo... Sartre había sido movilizado... Y cuando nos enteramos del horror de los campos de concentración, la masacre de los judíos... No, no había indiferencia posible. Cuando la liberación, hubo un momento de gran esperanza. Éramos un grupo de amigos que habíamos militado en la Resistencia. Por aquel entonces nos sentíamos todos muy próximos unos a otros. Sartre podía escribir con Mauriac en "Le Figaro"; Camus, con sus amigos Ollivier, Raymond Aron... Sobre esa base publicamos "Les temps modernes". Pero luego todo falló, muy pronto —es

lo que traté de contar en "Los mandarines", aunque ésta no sea una novela con clave—, y todos esos vínculos demostraron ser efímeros. Por un lado, había quienes se sentían próximos al marxismo, aunque nunca hubiesen militado en el Partido Comunista, como Sartre, yo y Merleau-Ponty en determinado momento. Por otro lado, quienes lo rechazaban radicalmente, como Camus y Aron. El equipo de "Les temps modernes" se escindió finalmente y nosotros seguimos siendo, digamos, compañeros de viaje de los comunistas. Quienes, por otro lado, no dejaban de insultarnos. Era un camino difícil. Lo que nos separó definitivamente de ellos fue la guerra de Argelia. Estábamos muy comprometidos, hoy nos llamarían izquierdistas; éramos partidarios de la independencia argelina. Ahora bien, los comunistas, como los socialistas, habían votado plenos poderes para el Gobierno. Sentía un profundo horror hacia todo lo que yo sabía de la forma en que los franceses hacían la guerra, las torturas... Era una experiencia violentísima y muy desgraciada. Después, en el momento de la guerra americana en el Vietnam, hicimos con Sartre y otros amigos el Tribunal Russell en Copenhague y Estocolmo para denunciar los crímenes americanos.

—¿Y el izquierdismo?

—No podíamos ya entendernos con los comunistas. Ahora bien, habla, gracias al izquierdismo, algo que seguía existiendo a la izquierda, algo en lo que Sartre y yo habíamos depositado ciertas esperanzas. Se publicó "La cause du peuple". Fui directora de "L'Idiot international" durante un breve tiempo —antes de romper con su otro director, al que no llegué a soportar—. Pero conservé mis simpatías izquierdistas, aunque manteniéndome muy distante de todo el movimiento maoísta. Lo cierto es que desde el primer momento me inquietó aquella afiliación ciega a un sistema del que no se sabía, por así decir, nada. Tan ciego

como podía haber sido, durante mi juventud, el apoyo incondicional a la Unión Soviética.

—No me gusta tomar partido sin saber, sin estar previamente informada. Evidentemente, Sartre y yo fuimos muy felices cuando la revolución china. Y cuando escribí, seis años después, "La larga marcha", es porque yo misma había visto lo que había aportado aquella al pueblo chino. Cosas elementales, esenciales; les había dado qué comer, con qué vestirse y cultivar la higiene. Ese progreso es muy evidente cuando se ven las películas o los libros que describen la vida del pueblo chino antes de la victoria de los revolucionarios. ¿Cómo se le pagó después? No se sabe con certeza. Por eso me niego a comprometerme a ojos cerrados con el maoísmo.

—¿Y ahora? ¿Ahora que se han desplomado las esperanzas del maoísmo? ¿Qué es lo que queda? ¿Qué significa hoy ser de izquierda? ¿Es una posición puramente ética?

—No, no emplearía esa palabra. Es, en cualquier caso, la esperanza de que la Historia aportará a la sociedad cambios más profundos de los que ha habido hasta ahora, cambios que transformarán realmente las relaciones entre los hombres, entre hombres y mujeres, de los hombres entre sí y, de igual modo, de las mujeres entre ellas. Todo lo que no ha cambiado a pesar de la colectivización, la nacionaliza-

ción de los medios de producción en los países socialistas. Esa es la esperanza del izquierdismo. Evidentemente, en la actual situación, parece más bien de un deseo piadoso; no parece algo que vaya a ocurrir de la noche a la mañana... Hoy no es posible más que una cierta vigilancia, una crítica de ese mundo del orden, de ese mundo policíaco en el cual vivimos.

—Por el momento no alcanzo a ver ninguna esperanza positiva en un futuro realmente feliz. No existe en ninguna parte estrategia izquierdista alguna, ni siquiera táctica. Todo lo que hay es una inmensa confusión, que se expresa en determinadas formas de terrorismo. Aclarado eso, tal vez no haya llegado aún el momento de construir. Tal vez sea más urgente ayudar sencillamente a demoler lo que es inaceptable. Acaso se trate modestamente de crear desorden.

—Si una joven de veinte años, que se pareciera a lo que usted era a esa misma edad, viniese a pedirle consejo, ¿qué le diría?

—Como soy una intelectual, le diría probablemente que leyese, que estudiase, que reflexionase. Le hablaría del feminismo. Le diría también que escribiese, si fuera posible; escribir es una gran felicidad, a pesar de todas las dificultades. Y también que se ocupase del mundo que la rodea; que intentase comprometerse... Pero tal vez esto era más fácil

SIMONE DE BEAUVOIR:

antes; me parece que yo misma tuve mucha suerte: en mi época había más pasiones intelectuales...

—Con todo, la condición de la mujer ha mejorado, ¿no?

—No lo creo. Ha habido más de una promoción espectacular, pero en conjunto las mujeres siguen sometidas a las mismas tareas domésticas, a la servidumbre de la maternidad. No se ha hecho demasiado para que la mujer corriente, la que tiene una casa y unos hijos que cuidar, tenga también más razones para estar alegre. El matrimonio continúa siendo una institución que aplasta a la mujer. Evidentemente, lo que ha cambiado es que antes las mujeres golpeadas, violadas, se callaban..., mientras que hoy existen "dossiers" completos. Es ya un gran progreso el que se denuncien los abusos y los horrores.

—En "El segundo sexo", usted escribió: "La mujer no nace, sino que se hace". ¿Cómo conciliar esa idea —es decir, la que apunta a una diferencia puramente "cultural" entre el hombre y la mujer— y las declaraciones absolutistas de ciertas mujeres que reivindican la "diferencia por la diferencia"? ¿Y qué se proponen incluso al intentar una "escritura femenina"?

—No estoy de acuerdo en reivindicar las diferencias, como Annie Leclerc o Mariella Righini. Sé que hay diferencias entre el hombre y la mujer, pero lo que siempre he dicho es que esa diferencia fisiológica, biológica, no bastaba para crear una diferencia de casta. Si se ha creado semejante foso entre los sexos es precisamente por la inserción de esos datos biológicos en un contexto social y económico. Es muy peligroso reclamar sin más la diferencia porque se recae en el viejo discurso masculino: igualdad, de acuerdo, pero dentro de la diferencia.

—Entonces hay mujeres que pretenden que se escriba con el cuerpo, con el sexo... Ocurre que yo me he formado en un mundo masculino y que desde el principio aposté por valores que podrían calificarse de masculinos, pero que a mí me parecían universales. Por eso me interesan los tanteos de esas mujeres. Por el momento, no creo que hagan más que tantear en su búsqueda de un lenguaje que sea propiamente femenino. Aclarado esto,

preciso es reconocer que la utilización de un lenguaje masculino está llena de asechanzas. Los hombres han depositado en ese lenguaje universal un contenido viriloides, lo que supone que haya que emplearlo con gran prudencia. Pero, dado lo que se sabe sobre el origen de las lenguas, que no son nunca creación de un individuo, sino algo colectivo que tiene existencia propia, parece difícil imaginar que las mujeres puedan inventar, dentro de ese lenguaje universal, un código propio. Aparte de que tampoco hacen eso, sino que utilizan las palabras de los hombres aunque les den la vuelta.

—Además, suelen caer en una especie de hermetismo, de elitismo. Encuentro, por ejemplo, que es muy difícil leer a Hélène Cixous. No digo que no tenga razón en hacer lo que hace; no puedo juzgar muy bien. Pero me cuesta tanto leerla que pienso que a todo el mundo le debe de pasar igual. Así no se difunden las ideas feministas o izquierdistas..., en fin, las ideas que me parece importante divulgar.

—A usted le gusta la claridad. En eso se nota que es usted profesora.

—Me gusta mucho la claridad. Lo que no es sinónimo de simpleza. Incluso en las obras filosóficas que, a primera vista, parecen difíciles, como la "Crítica de la razón dialéctica", de Sartre, hay claridad. Haciendo un pequeño esfuerzo se descubren articulaciones racionales, rigurosas. Mientras que si se apuesta por una especie de oscuridad por la oscuridad, por un hermetismo consciente y gratuito... No condeno el hermetismo sin más; el hermetismo de Mallarmé es muy rico; permite decir muchas cosas con pocas palabras y hace soñar. Pero hoy hay una moda del hermetismo; tal vez porque no hay mucho que decir, y entonces se trata de envolverlo todo...

—Sartre está totalmente de acuerdo con usted por lo que respecta a los objetivos del feminismo. Pero si se insiste un poco, él confiesa en sustancia lo siguiente: como todos los colonizados, las mujeres tienen maravillosas cualidades. Su situación de oprimidos las vuelve inteligentes, próximas a lo real. Lo cual contribuye al placer que uno siente estando con ellas. En el fondo, una victoria de las mujeres le haría tremendamente infeliz...

—Es verdad que una mujer que se ha formado en un mundo opresor puede desarrollar ciertas cualidades de que los hombres a menudo carecen. Los hombres se toman por gente importante. Desempeñan sus papeles con tal convicción que resultan, como dice Sartre, cómicos. Las mujeres tienen menos tendencia a eso, salvo las que participan del poder, pues estas últimas suelen ser peores aún que los hombres.

una profunda convicción de la igualdad entre hombres y mujeres, un cierto gusto por el lado oprimido de la mujer. Lo dije en "El segundo sexo", es muy agradable para el hombre tener siempre a mano a alguien ligeramente inferior, ligeramente oprimido, pero que es al mismo tiempo un interlocutor válido. Pero es muy peligroso. Nuestro problema, como mujeres, no es hacerles la vida agradable a los hom-



"El matrimonio continúa siendo una institución que aplasta a la mujer. Evidentemente, lo que ha cambiado es que antes las mujeres, golpeadas, violadas, se callaban... Es ya un gran progreso el que se denuncien los abusos y los horrores".

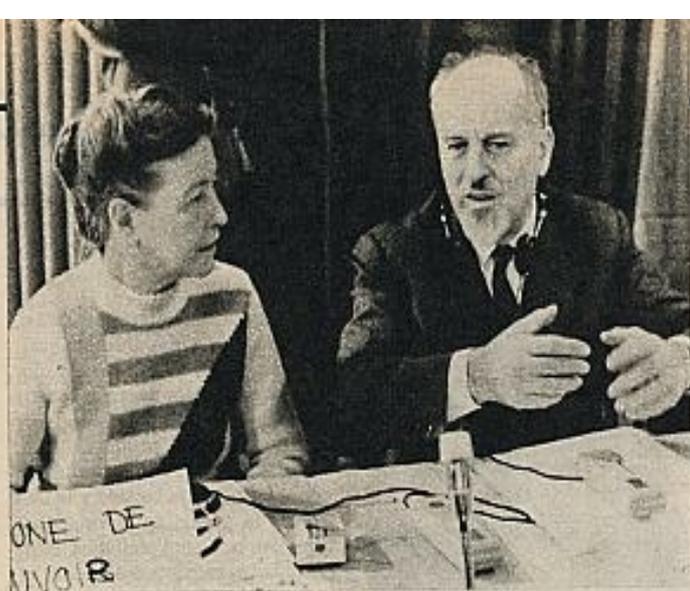
Pero la mujer media no tiene esos defectos: es más irónica, muestra un mayor distanciamiento, tiene más sentido del humor, se toma menos en serio. Pero, al mismo tiempo, suele carecer de agresividad, de audacia, de confianza en sí misma. Haría falta que los hombres asumieran las cualidades que las mujeres deben a su condición de oprimidas... Encontrar una universalidad de los valores humanos...

—Aclarado eso, Sartre no arriesga mucho: está llegando al final de su vida. Y es cierto que hay en él, al mismo tiempo que

bres, sino hacérsela agradable también a nosotros mismas.

—Entre Sartre y usted ha existido siempre una gran libertad, por ambas partes. ¿Usted no ha sentido nunca celos?

—Siempre queda un margen para lo desconocido, para lo aleatorio. A veces me he preguntado —lo cuento en mis Memorias— si no se entendería acaso con otra mujer mejor que conmigo... Pero una vez que se sabe que entre una y otra persona existe algo insustituible, muchas cosas pierden importancia. Por eso no creo que Sartre haya esta-



"Se es inteligente cuando, en lugar de contentarse con la primera respuesta a un problema, va más lejos, indaga, examina". (En la foto, con el recientemente fallecido Lelio Basso en el Tribunal Russell.)

do nunca celoso de mí. Sabía demasiado lo que representaba en mi vida. Yo llegué a dudar un poco, una o dos veces. Pero los celos no han jugado prácticamente ningún papel en mi vida ni en la suya porque basamos justamente nuestras vidas sobre la libertad.

—Se cita a veces la pareja que ustedes forman como modelo de algo nuevo...

—No puede ser ningún modelo. En el fondo ha sido una suerte. Estas cosas no pueden repetirse de forma voluntarista... Nunca hemos vivido juntos. Yo no quería ser una mujer de interiores, él no quiso nunca ser un hombre de interiores. Resultaba inútil tener una sola vivienda para estar juntos, puesto que teníamos todo el mundo a nuestra disposición. Pero nos vemos todos los días, por la mañana, a media tarde o por la noche. Hacemos vacaciones juntos, y nos alojamos en el mismo hotel, en Roma, en Venecia.

—En la película, al evocar el mutuo encuentro, usted dice: "Era más inteligente que yo..."

—... O añadido al menos: "Hacia mejor uso de su inteligencia; sabía más cosas, estaba más cultivado". Gracias a Dios, nunca ha existido rivalidad intelectual entre nosotros. Pero entonces, él tenía tres años más que yo, y eso cuenta mucho a los veinte años. Además había hecho la Escuela Normal. Yo llegaba del Bachillerato y me preparaba para el profesorado a fuerza de codos, siguiendo los programas. Pero tenía muchas lagunas. Conocía el mundo, las cosas, los libros menos que Sartre y sus amigos.

—¿Qué es la inteligencia?

—Lo diría con Sartre: es una exigencia. Ser inteligente no sig-

nifica forzosamente hacer bien unos "tests". Se es inteligente cuando, en lugar de contentarse con la primera respuesta a un problema se va más lejos, se indaga, se examina. Las respuestas se encontrarán o no; pero por lo menos hay posibilidad de encontrarlas, mientras que si no se busca, jamás se encontrarán. Por otro lado, la inteligencia en sí no puede definirse. Está ligada a toda una manera de ver el mundo, a lo que se llama la sensibilidad, la atención. Ahora bien, la atención exige como condición previa el amor por la gente, por las cosas. La inteligencia no es nada abstracto.

—Cuando era pequeña, ¿no deseaba ser inteligente?

—Claro, pero esa no es la cuestión. O se es inteligente o no se es. Ocurre que yo tenía un entorno que me permitió desarrollar mis cualidades. Yo tenía una base afectiva muy buena, gracias a una infancia equilibrada, feliz. Cuando se anima a las personas a ser inteligentes, lo son diez veces más. Eso le da a uno confianza en sí mismo hasta el extremo que uno es capaz, justamente, de dudar de sí mismo, de sus propios pensamientos, de sus juicios. Si se tiene confianza en uno mismo, en el fondo no hay necesidad de afirmarse, de tener siempre razón.

—¿La ha tentado alguna vez el psicoanálisis?

—No. Nunca. No es que yo lo desprecie. Seguro que puede ser un buen servicio a mucha gente, pero nunca he sentido personalmente la necesidad de emplearlo.

—¿Cuál ha sido la etapa más hermosa de su vida?

—Es difícil decirlo, hay que te-

ner en cuenta las circunstancias. Los treinta y cinco es una hermosa edad: una está ya formada y es aún joven. Pero en mi caso coincidió con la guerra. Están también los años de profesorado en Marsella y Rouen; pero no llegaba a escribir lo que quería... Y cuando llegué, era ya la guerra. Siempre hubo algo de gris en el rosa. Pero los dos momentos más felices de mi vida fueron mis veintidós años, es decir, mi encuentro con Sartre y sus amigos, y la liberación. En aquel momento había esperanzas políticas, fe en la amistad, todo un bullir intelectual, "Les temps modernes", mi viaje a América... Sí, la liberación fue uno de los momentos más felices de mi vida.

—¿No se parece usted un poco a ese general del que dice Stendhal que sólo aceptaba librar batalla para poder luego relatar lo vivido en sus Memorias?

—En absoluto. Yo siempre he vivido según mis impulsos, mis convicciones, mis deseos. No vivo para contarlos luego.

—Usted explica en la película que el hecho de haber contado por escrito todos los momentos importantes de su vida ha servido para despojarse de sus recuerdos, ¿no es un poco triste?

—De todas formas, cuando se envejece, uno se ve despojado de los propios recuerdos: es lo que explico en "La vejez". El pasado no es una presencia que uno tiene tras de sí y que se puede explorar libremente como un paisaje o un álbum de fotos. Es algo borroso, deformado, vago o incierto. Así que en mi caso no es en absoluto triste. Si quiero reencontrar un recuerdo, tengo el privilegio de poder remitirme a lo que he escrito.

—Escribir es para usted hablarle al lector al oído. ¿Y el estilo? No parece contar demasiado...

—Por el contrario, le concedo una gran importancia. Trabajo muchísimo todo lo que escribo. Para conmovir —¿sabe usted?— hay que decir las cosas de determinada manera, en cierto tono, con elipsis, imágenes, desarrollos. Eso siempre ha contado mucho para mí. Es verdad que en "El segundo sexo", por ejemplo, algunas partes están escritas de forma filosófica tal vez y un poco pesada. Pero en mis novelas y mis Memorias concedo mucha importancia a la forma de decir las cosas.

—Usted publicará un libro esta primavera.

—Será una colección de textos muy diversos, artículos de circunstancias, entrevistas, "prefacios"...

—¿Sobre el feminismo?

—Habrá otras muchas cosas. Siempre se me pide que hable del feminismo, y cuando respondo: "Pero no tengo nada nuevo que decir", me dicen: "Hable a pesar de todo; será nuevo de todas formas", pero resulta que no lo es...

—¿Por qué no ha aceptado usted nunca que se haga una película con alguno de sus libros: "Los mandarines", por ejemplo?

—No es que me haya negado; los derechos están vendidos en Norteamérica. Pero ninguno de los guiones propuestos me han convencido. Por el contrario, existe en relación con "La invitada" un proyecto concreto, un escenario de la directora sueca que hizo "Viaje al país de la vejez". Hemos hablado mucho del libro y coincidimos en el modo de sentirlo: no habrá en la película nada de "retro", sino que se rodará en nuestra época. Esto no habría sido posible con "Los mandarines" porque es la crónica de una época. Pero "La invitada" es una historia muy íntima, que podría muy bien suceder hoy. También se hizo una película con "La mujer rota". Y tal vez haya pronto una serie para la televisión con "Todos los hombres son mortales".

—Usted hace una película de conversaciones, como Sartre, publica sus "Escritos", como Sartre... ¿No está un poco harta de verse comparada todo el tiempo con él?

—Dada la conocida misoginia de la gente, y en particular de los franceses, es verdad que siempre se me ha considerado como la compañera de Sartre. Mientras que a nadie se le ha ocurrido nunca considerar a Sartre el compañero de Simone de Beauvoir.

"Aclarado esto, la idea que la gente tiene de mí no me molesta mucho. Concedo gran valor al juicio de mis amigos, o de algunas personas que, sin ser amigos míos, gozan de mi estima. Pero lo que dice la gente, los periodistas..., todas esas habladurías parisinas en torno a Sartre y a mi persona, me dejan totalmente fría. ■ TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".